



Carlos Villagra Marsal

**El júbilo difícil**  
**[Poesía 1986-1995]**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Carlos Villagra Marsal**

# **El júbilo difícil**

## **[Poesía 1986-1995]**

La poesía natural y profunda de Carlos Villagra Marsal

I

La difícil ubicación de la poesía paraguaya (más que en el Paraguay) no se debe al involuntario repliegue geográfico a que el país se ha visto sometido a lo largo de los siglos, a la mediterraneidad mental de un amplio sector de su población, no accedido siquiera a los bienes de la contemporaneidad, al supuesto retraso cronológico de sus respectivos procesos cultural y literario, sino a una carencia de ubicación en el tiempo, al predominio de la improvisación sobre el método y al imperio de la anécdota por sobre la búsqueda investigativa, seria y pertinaz de las verdaderas raíces de la expresión nacional en el mundo.

Esa actitud, derivada hacia la ausencia de textos críticos, lleva a la comisión de no escasos errores, provenientes, las más de las veces, de cierta propensión a lo inmediato y, dentro de ella, de mostrar antes que los cimientos (cuya solidez se desconoce) la pintoresca estructura del techo. La excesiva mirada hacia arriba sólo puede conducir, en la mayoría de las ocasiones, a ignorar las realidades de «este bajo, relativo suelo», como cantó el poeta Almafuerte en su Misionero.

No existe texto alguno, desgraciadamente, que pueda informar acerca del proceso literario, desde los remotos tiempos de Ruy Díaz de Guzmán, en sentido crítico. La poesía paraguaya. Historia de una incógnita (Montevideo, Alfar, 1951), libro editado cinco años después de su redacción, no representa más que la visión de su autor, Walter Wey, funcionario comercial del Brasil que por aquí pasó y que sin duda creyó oportuno ofrecer algo de lo que pudo leer o le habían dicho. Las opiniones que emite no concuerdan con la cantidad y calidad del material poético que desde los inicios del siglo se venía acumulando, de dificultosa trascendencia extranacional pero de seguros pasos en lo interno.

En el prólogo a su compilación: Joyas poéticas americanas (1897), el escritor cordobés argentino Carlos Romagosa, el maestro de Goycochea Menéndez, quejose de la involuntaria (por parte suya) ausencia del Paraguay en dicho volumen. En verdad, ninguna aportación podía ofrecerse por ese entonces, pero cuando en los años 20 el profesor norteamericano Michael A. de Vitis comenzó sus indagaciones para integrar su Parnaso Paraguayo tropezó con serios inconvenientes de información, y eso que ya habían

aparecido dos antologías: la de Ignacio A. Pane (1904) y la de José Rodríguez Alcalá (1911).

Con el tiempo aquel claro pudo llenarse, aunque no en la medida de lo necesario. Últimamente la doctora Teresa Méndez-Faith, docente paraguaya con residencia en los Estados Unidos, ha editado un Diccionario y una Antología (1994), que vienen a satisfacer, en especial, el interés de profesores y estudiantes (a los cuales en particular están dirigidos), sin desdeñar el que pudiera tener el lector anónimo, indiscriminado y sin rostro.

Mas, las que siguen escaseando, a nivel de un olvido completo, son las aportaciones individuales, salvo el caso lejano de Hugo Rodríguez-Alcalá sobre Alejandro Guanes (1948) y un homenaje de conjunto a Ortiz Guerrero (1983). Todo lo demás está perdido en el trasfondo de las hemerotecas.

Corregido el rumbo antológico con elementos no desdeñables hasta nuestros días, corresponde impulsar el caudal bibliográfico hacia ensayos y estudios que contribuyan a situar en especial a los poetas en el ámbito propio, para proyectarlos de tal modo hacia la universalidad que tanto encomendaron los novecentistas. No otro propósito tienen estas páginas referidas a la obra de Carlos Villagra Marsal.

## II

Nacido en esta ciudad capital de Nuestra Señora Santa María de la Asunción (la ancestral Paragua'y tavaguasú) un 30 de octubre de 1932, puede afirmarse que desde la adolescencia luce los santos óleos de la Poesía (así, con mayúscula, en términos rubendarianos). Integró la denominada «Academia Universitaria», y con sus compañeros Rodrigo Díaz-Pérez (1924) y Rubén Bareiro Saguier (1930), el primero asunceño y el segundo de la Villeta del Guarnipitán, la trilogía que hace más de cuatro décadas representaba el acogimiento de las Musas al no muy amplio recinto de la Facultad de Filosofía, mítica institución defendida por la presencia de su abnegado decano, el doctor Juan Vicente Ramírez. (A este grupo deben sumarse los nombres insoslayables de Elsa Wiezell y de María Luisa Artecona de Thompson).

En otro andarivel, aunque no en «la vereda de enfrente», inventada por Borges, iniciaban su camino José-Luis Appleyard y Ricardo Mazó (1927), Ramiro Domínguez y José María Gómez Sanjurjo (1930), todos ellos puestos bajo el magisterio intelectual de un sacerdote valioso: el Padre César Alonso de las Heras, a quien mucho le debe el cauce de luz por el que ha tenido que transitar la literatura paraguaya.

Estas menciones no quitan, desde luego, la obligada alusión a quienes inauguraron, en los alrededores del '40, una actitud poética menos atada a los ya remotos cánones del modernismo (1896/1901; 1905/1931), que aún respiraba, en calidad de sobreviviente, por medio de algunos afanosos y trasnochados cultores. Esa tarea correspondió, en lo principal,

a Hérib Campos Cervera (1905), Josefina Plá (1909), Augusto Roa Bastos (1917), Óscar Ferreiro (1921) y Elvio Romero (1926).

Y fue allá por 1955 que el firmante de estas líneas, en un más conversado que leído «Recuento poético del Paraguay», se animó a predecir cuál sería la trayectoria de los más jóvenes, entre ellos Villagra Marsal. Ahora está (¡todavía!) de pie junto al poeta para probar su aserto y la cumplida revelación de aquellas palabras.

### III

La poesía es, ante todo, testimonio de vida y acompañamiento hacia el final de ella. En su claustro, el desgarramiento de la existencia se concreta a través de la palabra. Y cuando su titular está seguro de ella y de la dirección de su estilo, lo demás se dará por añadidura. El caso de Villagra Marsal no es el de un sudoroso trabajador de la lírica y sus correspondientes efusiones, sino el de un orfebre que une a la exquisitez de la forma la hondura de sus meditaciones. Su contribución sería antigua si se trasluciera en ella un toque parnasiano (que es el que inevitablemente podría venir a la memoria); por el contrario, es actual porque suma anteriores y posteriores experiencias, propia y ajenas, hasta lograr esa anhelada síntesis que hace al quehacer de todo poeta verdadero.

Su expresión verbal no está maridada con el exotismo (procedimiento que aplicaron los modernistas para trascender las limitaciones del «color local») y sí con el propósito de ampliarla. Y cabe decir propósito porque lo que más se advierte en él es el ejercicio de una auténtica voluntad de poesía, inconfesa, por supuesto, pero latente. No la metáfora por la metáfora misma, los hallazgos rítmicos acoplados a una libertad de imaginación surgida a fuego lento, tampoco la intención de «epatar» o escandalizar al lector en su presunta constelación burguesa, porque los burgueses de hoy día han arrojado al sumidero sus asombros. Para aceptar lo que no es, se hace preciso señalar los temas cardinales y anudarlos a las valoraciones, bien que profundas, de su propia conciencia.

Porque ésta de Villagra Marsal no es poesía de superficie. Más allá del «fraseo» literario y hasta por fuerza de su afán objetivo o descriptivista, pugna por acentuar su presencia la soterrada veta metafísica que todo creador siente sobrellevar (y aun gozar) por sobre las limitaciones de su angustia o de su esperanza. Por eso cabe recordar (y a la vez prevenir) que el mismo título de este libro: El júbilo difícil, está preanunciando su definición.

Y para demostrar que esa denominación es igualmente una profesión de fe, el poeta empieza por ofrecer sus enunciaciones, las que en un primer tramo están atadas al sentido de la naturaleza, no poseída con efusión salvaje o con arrebatos «cellinescos», sino sabiamente gozada en una especie de coloquio que traduce la frecuentación del poeta con los imponderables de la tierra.

Para desentrañarlos con maestría de artista se requiere algo más que el ojo observador o que la mano puesta sobre la rugosidad de alguna corteza, sobre la milenaria brillazón de

una piedra. Así el Vocabulario de Última altura, que inicia su andanza, brinda la atenuada presencia de las flores («azucena morada») o de circundantes animales («ruano mañero»), cuya transfiguración permitirá detenerse en la sobria majestad del escenario, a ratos «serranía», hacia lo plano, a ratos «cordillera» recortada hacia el cielo.

La «niebla» y la «neblina» (no igual cosa para quien siente transitar también genes ultramarinos), se adelantan a la «bruma inicial» y las adjetivaciones se tornan precisas: el «aire seco», el «agua primordial», como tiene que ser. Los colores se hurtan a la opacidad, pero no han sido entregados a la lujuria del aire total. Siempre estarán acompañados por una adjetivación atemperada o acentuando una sustantivación: «quemazón azul», «dorado reflujo de la siesta», «violáceo destino» (de una belleza incalculable), «verde altanería de las piedras», «aquel celeste en marcha». Nunca lo pálido o lo impreciso.

En ambiente de tanta fuerza telúrica no podía faltar el toque o la rauda pincelada que no cabría calificar de «naturalista» sino de natural, en consonancia con la cosmovisión del poeta: «Cuando te desflora/ algún desfrutador,/ prorrumpe en un sollozo duro/ tu desnudo tornasol» y concluye con esta inspiración apetitosa: «Oh simultáneo privilegio/ de ser -en el solsticio mejor-/ apetito y sacramento,/ bombonera y galardón» (Yvapurû).

#### IV

El capítulo dedicado a Ciertos pájaros puede afirmarse que agota la temática ornitológica, en torno a la cual esplendieron Guillermo Enrique Hudson, el bonaerense ilustre que se vio reducido a escribir en inglés; Marcos Sastre, el clásico de «El temple argentino»; Leopoldo Lugones y su «Libro de los Paisajes», hasta la bella aportación de María Elena Walsh en su canción al hornero, o sea nuestro «alonsito». Y de tal modo sigue las huellas no borradas de don Victorino Abente («el Patriarca», según los muchachos del 900), quien al decir de don Manuel Gondra, en 1901, «nacionalizó» nuestra poesía.

El Entremedio frutal guarda, igualmente, reminiscencias del anterior y, por otra parte, añade un verdadero catálogo con sus precedentes guaranícos y su marcante científico latino, lo cual se hace también en el capítulo de las aves, para entender que aquellos ignotos indígenas, que asombraron la candidez teórica de Montaigne, eran seres humanos que sabían calificar las cosas de su entorno en la lengua que el dios de ellos (no el de los impetuosos y posteriores cristianos) les había enseñado a mentar.

Habrà que precisar, en un mismo orden, que en el Acá vienen conmigo se acercan, con implacable certidumbre, las sombras de los suyos, que asimismo crecen en otras páginas del libro. Se trata de una evocación familiar, como pocas veces se ha comprobado en la poesía paraguaya (excepto O'Leary), en la que no se hallan presentes el simple abuelo, o la abuela, sino, al hispánico modo, el «padre» del padre y la «madre» de la madre, con un tono siguiente que no quiere ser elegíaco para no alcanzar el llanto, destinado a su madre, ausencia cuya herida sobrelleva el poeta ya hombre.

## V

No debe extrañar que en este libro aparezcan algunas recreaciones incluidas en *La letra entró en la sangre*, pues no se trata del usufructo y resultado de lecturas sino vueltas ellas a una destilación vital, en la que la erudición histórica asume proporciones humanas, mientras sus personajes, hundidos en el ayer, fantasmas del pasado, permiten una recreación expresiva (de una inaudita variedad) que los sitúa más allá del tiempo y más allá de las edades, como quizás ellos hubieran deseado. (Desde la época de Fortunato Toranzos Bardel, el gran sonetista del modernismo paraguayo, no se había observado ejemplo igual).

En conocimiento con la persona que es Villagra Marsal, no habría de suponerse escamoteo alguno entre su realidad humana y la civilidad asumida. Es, entre los poetas paraguayos de cuarenta años a esta parte, de los pocos que no ha cantado debajo de la cama. Por el contrario, ha asumido una definida apostura civil: fueron sus cantos previos, los dedicados al Libertador Simón Bolívar, al no siempre conocido «Alón» (llamado, últimamente, «mi Capitán», tal vez con asombro del prócer), a Juan José Rotela en «La espera» (cuando era peligroso tener efusiones de tal índole, que en efecto costaron al poeta más de cuatro meses de prisión), y aun los poemas de familia, donde hace punta «Don Salvador Villagra, /capitán de tus cañaverales». Después viene la Cantata del pueblo y sus banderas torrenciales, donde el coraje civil tiene su precisión más alta y el poeta reduce su verbo a lo más inmediato para lograr la comunicación con su pueblo, sin acometer demagógicas posturas: «La libertad arrima tu sueño a su desvelo». Transita por sobre los destierros y las tristezas de la Patria y concluye con esta esperanza: «Nuestra canción no les olvida,/ toda la casa les espera».

## VI

No es sencillo determinar el trazado de su arte poética partiendo de la sola condición de la palabra, porque ésta es para el autor algo más que la letra y su acento verbal (ausente la «elocuencia rimada» que espantaba a Don Miguel de Unamuno). Y ocurre lo dicho porque se trata no sólo de un transformador de la realidad (a veces simplemente visual) sino de un creador, para quien el riesgo de la expresión significa una aventura que bien vale ser corrida.

Desde luego que el poeta está más cerca de la orfebrería que de la espontánea tarea artesanal, esa que confinaba en la «inspiración», que hacían posible los tiempos románticos. Se adivina aquí que hay un lujerío impuesto y por momentos implícito, para darle al poema la dignidad que merece. Y esto conduce a la formulación de un estilo que es el revelador de su verdadera identidad y que asume su espíritu creador, sin que ello permita la creencia (Buffon a un lado) de que su canto (llamémosle así) logre definir al hombre en sí, más acá o más allá de su gestación vital.

El uso de los sinónimos le da oportunidad para acentuar su distinto destino: «desde esta abierta balaustrada» brinda una sensación de altura, que se halla contenida o por lo menos ubicada a distancia cuando se la desdobra en «el antepecho de la serranía» Además, la insistencia del lenguaje castizo (que en ciertos casos alcanza límites gongorinos) como el trueque de «ayuntarse» por juntarse; «su propia amanecida» por amanecer (en el femenino está la comprobación de la belleza); «el yantar» por «el comer»; la incrustación sabia de la preposición en «gustaría de saber».

La línea vertebral de estos poemas es única, superando la soltura métrica la mayoría de ellos, adoptada como acto de libertad y para que en la cárcel del verso no queden atrapadas las palabras. Mas, así y todo, algunos giros tradicionales entran como de rondón, no para enfatizar el verso sino para determinar que, dentro o fuera de la poesía, la naturaleza tiene también su propia música:

El universo de las aves requiere una cortesía previa, o si se acepta: una iniciación al tema, por lo mismo que cada una de ellas representa a su vez un mundo mágico y lírico que aproxima al poeta al reminiscente muestrario de Hudson. El título prefigura (como diría Borges), más que la solitaria apostura del pájaro elegido, la razón misma de su presencia: «Acendra su vuelo el Kuarahy mimby», «Los engaños del Guyrapajé», «Arrullo del Jerutí pytâ...». Y más que sencilla presencia parece esto su justificación.

Sin embargo la nómina no se agota, pues el poeta no quiere que sus compañeros volátiles crucen por la vida a través de los textos zoológicos o de las intenciones del arte plumario: «Doble loor del Suruku'á», «Preñado reposo agosto del Taguató apyratî», «Un soneto shakespeareano al Ñakurutû hû», a quien canta:

Esta propensión introductoria y celebratoria no se extiende al Entremedio frutal, porque la visión es distinta y porque el orden existencial de la planta tiene ya un destino que no precisa de anticipaciones. Su identificación en este aspecto es directa, salvo cuando se hace necesario adosarle a una que otra fruta la designación popular de su procedencia: «Naranja ombligo Ygatimí», «Mandarina Caazapá».

En ambos capítulos el poeta ha sido escrupuloso y hasta didascálico: luego de la traducción al español del marcante de cada especie ha dado su calificación latina, científica, procedimiento que mucho hubieran aprobado el ilustre Don Andrés Bello y ñane arandú guasú el doctor Moisés Bertoni.

Una breve enunciación de las metáforas, algunas sustentadas por su propio acento, puestas otras para aparejar su sentido, bastará para ejemplificar el manejo diestro, por instantes artístico, no del tropo en sí mismo sino de su cabal ubicación. Algunas parecerán complementarias, otras arriesgadas, pero corresponde reconocer que ellas no están en el poema para adorno. La elección al azar no agota la imaginación: semen de los dioses/ eminencia agitada/ indecisa playada/ cachorro de luna/ siesta abstracta/ virazón de la vigilia/ faenosa confianza/ las mejillas de la piedra/ cimbra del sueño/ pestaña ilusoria/ la protesta inmóvil de los árboles/ el dictamen de tu almíbar/ mensualero del hambre. No pocas alcanzan a rayar el neologismo, siempre en acecho.

Particularmente, en su exaltación de aves y frutas, el poeta ha optado por el ejercicio de la décima, algo olvidada desde la irrupción modernista y comúnmente confinada a los arpegios gauchesco-rioplatenses. Pero no hay que olvidar aquellas que escribió, en el delirio de su verba cosmopolita, el gran ensoñador oriental uruguayo que fue Julio Herrera y Reissig, uno de los escasos aportes modernistas dignos de la resurrección y exhumados para presuponer que después de casi noventa años es a Villagra Marsal (desde otra «balaustrada») a quien le toca la herencia de recobrarlos.

Por último, algunos paraguayismos: curuvicas, inverniz, amenazas.

## VII

Le será inútil a todo poeta que en verdad lo sea escapar a la marca poética, confidencial o no, de su autobiografía. Carlos Villagra Marsal no expone en este libro sus avatares personales (que no son exiguos), sino que apenas si los acerca a la sensibilidad del lector (en particular al lector paraguayo), quien como él está en el secreto de saber que para tener conciencia de a dónde se va es imprescindible tomar conocimiento de lo que se ha sido. Esto no tiene raíz genealógica excluyente sino una derivación histórica insoslayable desde que el Paraguay vive en el mundo como tal. Ya lo expresó, en una de sus meditaciones más altas, el maestro argentino Gabriel del Mazo: «Es el pueblo el único y verdadero patriciado».

La «Constelación de Escorpio en primavera» « es su ubicación frente a los astros, no el mero resultado de algún connubio esotérico. Ellos están para guiar su perduración terrena, previniéndole de augurios y anticipándole, día a día, la dimensión de su existencia. Esto, que es el anuncio, lleva no obstante a los lindes de la reminiscencia, cuando dice en «Arasá pytá»:

Otras referencias son de lugar, como en «Padre de mi padre» (no simplemente abuelo):

Por igual figura la «madre de su madre» (no su abuela) y después su misma madre, doña María Elena Marsal de Villagra Maffiodo, asomada a la muerte cuando menos debía:

En «Poeta fueses» crece una confesión, recatada, casi distante, aunque con la mirada puesta en lo que inexorablemente habrá de venir:

No habrá de cerrarse el círculo sin afirmar la consustanciación del poeta con la naturaleza, tan variante y vívida como la propia existencia:

El hombre, como el errante y místico Francisco de Asís, es por igual un hijo de la naturaleza que no se resigna a separarla de sus contradicciones, sus luchas, sus no siempre justificados fervores. Mas en el fondo, o trasfondo, de toda su poesía, podrá descubrirse otra en la riquísimamente verbal de este poeta paraguayo: una especie de cercanía a los bienes de la realidad, y desde ella justificados. No en vano su abuelo materno, el arquitecto Don José María Marsal, fue insigne teósofo, y bien dice la verba anónima que «lo que se hereda no se hurta».

Patentizan esta quizás inconsciente comprobación estos versos, que conforman a vez una andanza o un camino del cual él no tenía noción, que estaba insinuado y que en sus días mayores retomará, porque ésa era su estrella, ése su calendario astrológico o, al fin de cuentas,

su destino:

## VIII

En este desfile de setenta y tres poemas, pulimentados a lo largo de casi una década, acompañan al poeta nombres gloriosos, que iluminan el universo mundial e hispanoamericano: entre varios, refulgente y a flor de página, está el de Leopoldo Lugones (1874-1938), columpiándose entre el juvenil experimentador de *Lunario sentimental* (1909), el eglógico (no contemplativo) de la oda *A los ganados y las mieses* (1910) y el reintegrado a la tierra de sus *Romances de Río Seco* (1938), ofrenda póstuma que otros alcanzaron a celebrar.

Como reflejo de su juventud anárquica, don Leopoldo combatía y amaba a los jóvenes, a uno de los cuales, el santafecino José Pedroni, calificó de «El hermano luminoso». Es de imaginar que ante las páginas de *El júbilo* difícil hubiera destinado idéntico acogimiento, más allá de aquéllas en que las aproximaciones, desde el surrealismo y el ultraísmo en adelante, pudieran haberlo retenido. No es de dudar que esta cuarteta de Villagra Marsal habría de excitar su entusiasmo:

El conjunto de la poesía de Villagra Marsal honra las expectativas de los últimos tiempos y, como pocas veces en un autor nativo, sus resonancias universales tienen igualmente sabor de patria. Piénsese, entonces, que tiene el acompañamiento de Molinas Rolón, Hérib Campos Cervera, Óscar Ferreiro y Elvio Romero, cronológicamente mencionados.

Raúl Amaral

(Isla Valle de Areguá, agosto de 1995)

El protagonista de la poesía es poesía, sin que le sea dable escoger otros términos, empieza en el hombre y concluye en el hombre, aunque entre polo y polo puede atravesar -algunas veces iluminar- el universo mundo

VICENTE ALEIXANDRE

Vocabulario de Última altura

The pleasure of believing all we see  
Is boundless, as we wish our souls to be...  
SHELLEY

In memoriam  
José María Gómez Sanjurjo  
Ricardo Mazó

Beatus ille

Aparte de escrutar un vasto término  
atajado por cielos y silencios,  
acá en Última altura tengo yo  
la tierra más jocunda  
-según se dice en el Quijote-, 5  
el aire seco de la serranía,  
el agua primordial de las nacientes  
y el fuego en el hogar.

Que más puedo pedir.  
(mayo 1989)  
para Rodrigo Díaz-Pérez

Variaciones en dos claves  
para una música inmediata de Sila Godoy

I

Aquel humo

Quemazón azul

de octubre  
veladura repujada  
estás más cerca  
de mi palabra 5  
que del horizonte viejo.

Pilar de humareda capital  
soy tu trasunto  
una refracción apenas  
de tu empeño: 10  
brasa dispuesta  
rojizo lenguaje codicioso  
luego morosa vehemencia  
niebla seca  
ciego ascenso 15  
y al fin disgregación  
en el ensimismado  
firmamento.

(octubre 1991)

II

Bruma inicial

Neblina soleada  
primera contradanza  
de ciertas  
mañanas.

Antigua respiración 5  
cardinal  
semen de los dioses  
hoy una sencilla fábula  
de la vigilia.

Pasajera porfiada 10  
de noviembre  
suelta de naciente

y de máscara  
te vas deslizando  
de la eminencia agitada 15  
del palmar  
a la indecisa  
playada  
como si fueras en verdad  
a nimbar 20  
las próximas madrugadas.  
Y sucedes  
sin tomar en cuenta  
que eres cifra de quienes te miramos  
desde esta abierta balastrada: 25  
ese aire persuasivo que te empuja  
no ha de arrimarte  
a la fulguración más ancha  
y entonces  
cuando progrese la jornada 30  
regresarás a ser  
cóncava liviandad  
siesta abstracta  
nada.

(noviembre 1991)

A principios de luna

Allá en un declive del cielo, arquea su espinazo el cachorro de luna, listo para saltar sobre la presa inerte al otro lado del universo. Flameante carnicero nuevo, se acaba de lavar la cara con los aguaceros de diciembre, pensando quitarse las manchas de un pecado venial.

Y vástago de león azul con tigre de los orígenes, el creciente animal aprende a cazar por su cuenta nocturna: debajo, en el antepecho de la serranía, estamos considerándole -a veces en desvelo y a veces a través del sueño, mestizos de sombra y reverbero como él, como él acechantes, inculpables, tenaces.

(enero 1992)

para Miguel Chase-Sardi

Post meridiem

Resulta difícil acertar el nombre  
cabal  
de la azucena morada  
que sobrepasó el mediodía.

Y cuesta restañar la tarde 5  
ajustando

sonidos y añoranza únicamente.

Más vale entonces  
cerrar la voz,  
desplegando las sienas 10  
para cobrar la niñez de esta brisa,  
con la mano avizora, sí, callada como un guante  
en el dorado reflujo de la siesta.

El silencio,  
y acaso después 15  
la cantiga dispersa y casual  
de las estrellas.

(marzo 1992)  
para Josefina Plá

La luz es indecible  
No,  
no la llames.  
Y consiénteles danzar consigo misma,  
recónditamente neta,  
para ayuntarse 5  
con su propio deslinde.

No hace falta mentarla.  
Tranquilo, acepta  
que aun en su infancia  
sueñe 10  
un violáceo destino en el Poniente.

Basta que apuntes  
con tu índice súbito  
una de sus exactas cortaduras  
es el concesivo llano amarillo 15  
o sus chasquidos de plata  
en la crestería de los cerros.

Y en todo caso  
comprende  
en un gesto capaz, despacioso, 20  
su señorío azul  
y el torbellino impasible de los árboles.

(abril 1992)  
para Rodrigo Campos Cervera

## Insistencia

Ya es honda la noche, y las nubes  
como lentas memorias precisas  
han ganado mi casa.

O será esa niebla despierta, perdida,  
que parece arriar el cielo sellado 5  
hasta la cumbre de esta serranía.

La casa inmóvil, sin embargo,  
rompe a cruzar la oscuridad vacía.

Ciego como el ventanal  
y a la sombra de mi lámpara prendida, 10  
yo también solitario, indago el rumbo  
de tu encarnación esquiva.

Sí, he leído todos los libros,  
pero aún no sentí el final de tus melodías.

Callado una vez más, habré de buscarte 15  
en la virazón de la vigilia,  
para alcanzar siquiera tu nombre,  
Poesía.

(agosto 1992)  
para Ester de Izaguirre

## Adiós

Un pájaro raspa el cielo equívoco  
de la atardecida.

Retrasado y oscuro  
grita hacia el Sur,  
rumbo a su viejo dormidero, 5  
mientras bate la luz  
resbaladiza  
de la altura.

Allá frío y huyente,  
usual en estas lejanías, 10  
es sólo un precario pulso trajinero,  
pero con él va borrándose  
alguna palabra cierta  
y el vasto otoño, en vuelo, se retira.

(junio 1993)  
para Evelio Fernández Arévalos

Repetición del paisaje

cette aimable nature dont les  
beautés étoient sous mes yeux

ROUSSEAU

Les Confessions I, VI

Paisaje

exento  
quizá invitación trascordada  
promesa de sesgado cumplimiento.

Nos separan 5

una pátina contigua a la del sueño  
y una obligatoria profesión  
de silencios.

Oh desmemoriado

paraje resuelto 10  
oh contemplado aroma  
oh denominador del tiempo  
oh distancia curtida  
oh digitación de cielo  
oh vasija de la intemperie 15  
oh cambiante paroxismo desierto.

Paisaje intáctil

desde mí crece un espejo  
de mí sigue manando  
tu resplandor ajeno. 20

(julio 1993)

Para Óscar Ferreiro

Explicación de una lluvia

Te esperábamos,  
pausa esmerilada,  
ciudadela instantánea,  
muralla tras muralla levantada  
de arriba para abajo. 5

Con igual desdén

anulas  
la llanura rumbosa  
y la verde altanería de las piedras.

Goteadora, te atienden 10  
los cocoteros desatados,  
las aves estrictas en el monte.

Y el joven viento norte  
dibuja una canción que te enardece.

No obstante, enseguida resultas 15  
garúa entrefina,  
cerrazón,  
soledad movediza.

Al cabo  
escampas. 20

... Ya eres agua anterior, pero me dejas  
indemne, cristalino,  
y acribillado de ágiles certezas.

(julio 1993)  
para J. A Rauskin

Constelación de escorpio en primavera  
Medianoche a medianoche  
perforas pensativa la Galaxia  
encima de mi frente,  
justo sobre la cumbre  
de mi casa. 5

Lumbre matriz, octavo signo,  
australmente desconozco  
si adivinas o trasueñas,  
si retrocedes o aguardas.

Por cierto, quienes fuimos paridos 10  
entre octubre y noviembre  
con los auspicios ciegos  
de tu luz  
itineraria,  
siempre nos preguntaremos 15  
con aprensión sucesiva,  
con faenosa confianza,  
si abrigas,  
si comprometes,  
si amenazas. 20

Ahora por ejemplo conjeturo

que no es la firmeza del noreste en primavera  
sino tu exaltación intocable  
la que me halaga  
los cabellos 25  
y perfila mi cara.

Continuamos custodiándonos  
yo y el sello constelado.

Pero no alcanzo  
el espléndido secreto 30  
de tu aventura  
o de tus vacilaciones, alacrán,  
o de si tu aguijón ya resolvió  
emponzoñarnos a distancia.

(octubre 1993)  
para Edda y Eduardo Laterza

#### Inminencias

En el bajo del cielo occidental  
las estrellas terminales  
se esquivan.

Y el modesto desvelo aglomerado  
de los pueblos, 5  
cabrilleando aún en la planicie,  
no deja de ser  
sino ceniza anticipada  
del ímpetu que se avecina,

Es el momento 10  
en que se inquietan  
y combinan  
la brillazón nocturna  
y la sombra flamante  
del día. 15

Obstinada, la luz balbucea  
el mundo:  
las mejillas  
de la piedra,  
la furtiva 20  
soledad de un ala,  
ciertas hojas;  
esa luminaria primeriza  
acude

cargada de una doble inminencia, 25  
de albores en albores consabida:  
la del venerado  
desvarío solar  
en estas montuosas serranías,  
y la del despertamiento 30  
del hombre, la rutina  
desde hace cuatrocientos siglos  
aquí constituida.

Pero nuestro alerta  
desearía 35  
contar una tercera certidumbre:  
la de la voz  
particular y repartida,  
una voz  
propicia 40  
que sinceramente acerroje  
la pasión expansiva,  
que suelde  
la línea  
entre ahínco y nostalgia, 45  
la voz de una memoria decidida  
acompañándose  
con la ingerencia del sol  
en las remansadas íntimas  
y con el ademán maduro 50  
de quien desarma la cimbra del sueño  
para aspirar su propia amanecida.

(noviembre 1993)  
para Renée Ferrer

Los espectros diurnos  
Hay veces  
en que la mañana se inmuta  
y franquea o atranca un portalón translúcido  
intermitentemente  
sin otro fragor que el del azul concreto 5  
arriba  
de la abrasada tosca  
de cúspides y graderías.

Una sombra desazonadora  
rueda de por sí 10  
se abate sube como pestaña ilusoria  
pretende trocar el orden

de la inveterada travesía.

Por un rato  
se guarecen los árboles 15  
atrás de sus hojas  
y hasta el fulgor justiciero  
se coloca de canto en el tiempo  
amonedando un oro bajo  
a toda prisa. 20

Se trata a mi juicio  
de nuestros muertos perfectamente vanos  
cuya soledad compacta  
apreciaría  
alternar con las del cielo habitual. 25

Empero estos sucesos  
no duran el minuto que se gasta en nombrarlos:  
presto la mañana  
torna a singular  
legítima 30  
incorrupta  
proa insignia  
hacia su naufragio personal  
en el mediodía.

(diciembre 1993)  
para Carlos Germán Belli

El dolor

Perfectamente  
nos conocemos  
nodriza de la vigilia  
recordatorio unánime  
de la mera culpa de existir. 5

Ahora te muestras  
por entre los resquicios de la noche  
zanjando mi rodilla izquierda  
mientras curuvicas  
terco escrupuloso 10  
cada uno de los gérmenes del sueño.

Pero en el punto en que la luz principia  
a corroborar las persianas  
me desobligas desapareces  
como borracho de traspíe callado 15

en el crepúsculo de la fiesta.

Ya en la encumbrada expedición del día  
el aire serrano embarga tu vuelta  
con su venda delgada.

Por lo demás 20  
conspiré con un hombre de indumento blanco  
para derogarte.

Gustaría de saber  
en cuál de los parajes de la sangre  
te vas a esconder 25  
de masajes de píldoras  
y de este sol extirpador.

Y así también pregunto  
dónde humillarás tu mando  
pasado mañana 30  
cuando se cancele el cuerpo  
en el que distribuyes la palpitación  
-ociosa en realidad  
de tus prietos espantajos.

(enero 1994)  
para José-Luis Appleyard

Las visitas

Corolario de versos precedentes

La polvareda de las nubes  
desciende a recatar el alba,  
a velar la cordillera,  
a saturar las cañadas.

La cerrazón gravea 5  
sobre las palmas  
que aún se friccionan con los sueños,  
y explora la cerril escalinata.

Quietas, le dan paso  
las puertas llaveadas; 10  
de tal suerte,  
las neblinas se instalan  
como visita previsible  
pero no convidada.

Entonces un sigilo, 15  
un vapor de fantasmas,  
reconoce la galería,  
los maderámenes, la teja vana,  
las baldosas serviciales  
y hasta la cavidad de nuestras sábanas. 20

Con el borroso cálculo  
de que alarguen su estancia,  
denso de mansedumbre les aclaro  
que todo en la morada  
también está en perpetuo tránsito: 25  
los puñales del Sahara,  
esa herrumbre cruel de los aceros  
-la sangre pertinaz en la navaja,  
y los demás peligros silenciosos  
que rielan en las tapias; 30  
en las repisas igualmente  
las súplicas de arcilla, la tinaja  
de miel ausente, la deidad de un día,  
el guaco del jaguar, las ánforas  
del abolido aceite, el pez ceremonial, 35  
una urna funeraria,  
cántaro ayer de sápidos maíces  
y salivas sutiles de muchacha;  
relieves del centauro, del búho, del lagarto,  
del zorro, de las Furias, del gallo, de la rana, 40  
compulsión y barniz de las centurias,  
la multitud cerámica  
que en este sitio sólo es un rezago  
de historia sobrepuesta y derramada.

Todos aquí (reitero ante las nieblas), 45  
aun el dueño de casa,  
somos hechos de un humo apenas más espeso  
que las nubes hermanas  
y un poco menos rápido  
que su cierta mudanza. 50

Parecen entender: al rato se incorporan  
con mayor vestimenta que nostalgia,  
abandonan los órdenes de la piedra y los libros,  
y hacia arriba otra vez, boyantes se soslayan,  
retozan, se atropellan, 55  
como niñas del cielo que con cándidas  
redcillas grises  
intentaran copar aquel celeste en marcha.

Mas el urgente volumen  
benévolo las llama 60  
a un oriente final:  
de ahí mismo se desgarran la mañana  
arbolando los soles caudalosos  
que nos bastan.

(abril 1994)

para el grupo de análisis: Pupi Duarte Rodi, Blanca de Martínez, Bebé  
Cueto, Chiquita Decoud, Maricarmen de Niella, Nory, Garbett

A una moneda romana desenterrada en el patio

Oh exiguo disco de cobre,  
no sabemos porqué estabas ahí  
a seis palmos bajo el piedregullo,  
en la costa del secular camino jesuita de la  
yerba, 5  
cuya depresión y terraplenes  
aún se desdibujan  
en mi patio.

Cardenillo circular,  
ínfimo planeta deforme, 10  
te exhumamos un intratable sábado de agosto:  
en el anverso, el laurel evidente  
coronando una confusa calvicie imperial  
y al reverso,  
más roído por los dos milenios, 15  
por la gravosa hondura y el olvido,  
el valor ya indescifrable:  
¿un óbolo, tres ases,  
medio sestercio?

Sin embargo, te batieron 20  
para que midieses el precio de hombres y de  
cosas;  
un tiempo habrás sido esencial  
para el deseo  
de alguien, 25  
quizá mercando una caricia barata  
de mujer del Transtíber,  
o entibiándote en el puño del reciario  
que corrió a alegrarse con un congio  
de ríspido vino cretense 30  
en una taberna aledaña al circo de Antioquía,  
luego de haber trincado y yugulado

a su oponente,  
o mezclándote  
en la escarcela del Iscariote 35  
con los treinta siclos  
que entregaron a Jesús.

Y cuando postraron Roma,  
¿qué seguiste siendo?  
¿Cuándo y en qué faltriqueras bajaste 40  
a los desafortunados vegetales  
de nuestro sur fluvial?  
Fuiste aquí, tal vez,  
trampería en el rescate  
de la plata con poco blanco de los Paizunos 45  
y de la chafalonía de oro de los Corocotoquis,  
o acaso amuleto  
contra la daga extremeña de cuatro filos  
y contra la untada flecha de los Guarambarenses.

¿Y quién te perdió 50  
a la orilla de la ruta que pasaba por mi patio?  
A lo mejor caíste de la bolsiguera  
de un desaprensivo mancebo de la tierra  
en su flete, un ruano mañero,  
o del zurrón de un Padre de la Compañía 55  
preocupado porque sus esclavos Angola  
carreteros  
llegasen puntuales con su carga de cueros y de  
yerbamate  
hasta las garandumbas que aguardaban 60  
en el puerto de Nuestra Señora Santa María de  
la Asunción.

Cuánta sospecha vacía,  
cuánto pasado sin respuesta  
mientras averiguo tu cara 65  
en el horario de las cordilleras.

Pero siento que, a la verdad, has sido  
sustancial en la vehemencia de algunos,  
y que ulteriormente, sofocado el Poder  
del cual eras uno de los símbolos, 70  
todavía supiste ser la clave  
de trueques suntuosos,  
o talismán  
-camarada de un cuerpo,  
y después del seco encierro 75

de veinticinco décadas o más,  
eres asimismo  
un mínimo espejo de asombros,  
un fino vector  
de interés cierto, 80  
y protagonista de un poema:  
no otra fortuna querríamos  
merecer los mortales.

(octubre 1994)  
para José Antonio Rubio

#### Memento nocturno

Contentamiento del dormido  
entendedor horizontal  
de que su aliento vaya dividiendo  
la controlada  
tiniebla de la alcoba. 5

Afuera  
los quehaceres del nordeste  
la protesta inmóvil de los árboles  
algún retirado tecleo peregrino  
fraccionan igualmente la penumbra efusiva 10  
de mi Última altura.

Y desasosiego del durmiente  
a quien se le antoja el desvelo  
cuando no hace sino boyar  
por su preñada muerte repitiente 15  
en la metódica  
oscuridad del dormitorio.

(junio 1995)  
para Raúl Amaral

#### Ciertos pájaros

Y lo que vuela en mí se manifiesta  
en la ecuación errante de sus alas

PABLO NERUDA

a Rubén Bareiro Saguier  
camarada cardinal

Acendra su vuelo el kuarahy mimby

Rauda lengua solar, incisión amarilla  
que practica el invierno en el aire del lunes:  
cada vez más cenceño, cada vez más preciso,  
tu pico ansioso entiende la gira de las nubes.

La falange inmediata de tu airón sensitivo 5  
azuleja la frágil sucesión de las luces  
en esta siesta fría que convoca tu vuelo,  
que enaltece tu aliento, que te suelta y te cubre.

Dulce flauta transversa, grisalla musicada  
sobre el suelo propenso del raigón a la cumbre; 10  
instrumento templado por el cerro y los árboles,  
de tus hermanos brotas, hacia tu padre subes.

(agosto 1993)  
para Luly Cudas

Los engaños del guyrapaje

Aunque tus brascas timoneras  
enfilen a contracorriente,  
en un momento te disipa  
la resolana de setiembre.

Y aun cuando, en la flor de la piedra, 5  
parezca que tu sombra crece,  
la fronda trabuca tus alas  
y humea tu pluma y se pierde.

Ligero tabaco encendido  
por desaparecidos duendes: 10  
como en sus ojos; en tu pico  
se toma el azul por el verde.

Trampa en el viento alucinado,  
fino y vidrioso del naciente:  
quien te mira en la rama, sueña; 15  
quien dijo que te escucha, miente.

(setiembre 1993)  
para Helio Vera

Larga danza inmóvil del mainumby ka'aguy

Ya seas  
colibrí  
el jubiloso joyelero  
del tiempo glauco en su cenit  
o sólo un súbito incidente 5  
del rocío más sutil  
aunque gires de frente  
y de perfil  
tu pico es tu copa tu pinza tu verga  
tu espadín 10  
orfebre del pistilo y del estambre  
catador de un mínimo elixir  
guerrero iridiscente  
violador carmesí.

Multifloral solitario polígamo 15  
hasta el frenesí  
penetras en la rosa siete hermanas  
en la guaireñita en la sinesia en el jazmín  
de leche y en el niño azoté  
en perlas y corales en el alelí 20  
en la dama de noche  
en el manaká en la hortensia y de allí  
en la coronita de novia  
en el apeyvá del país  
en la orquídea suelda con suelda 25  
en el raído sombrero y en el torongil  
cuya corola sexualmente te obsede  
con su olor a limón ceutí.

Secuestrador de los nectarios  
trompo de aéreo carril 30  
la ráfaga del sol  
es tu piolín  
y tu lujosa zarabanda fija  
es un laberinto añil  
un remolino de topacios 35  
una morada transparencia sin fin  
mientras tu cola  
como blanco exornado violín  
concierta el redondel de la mañana  
y las vislumbres del confín. 40

Para que los sépalos sepan  
de tu vertiginoso mal cariz  
con zumbido de avispa de derrame  
nortear por ahí

y cuando junto al estigma y al ovario 45  
estalla tu quieto éxtasis danzarín  
ni el hilo de un dios pasaría  
entre el tubo de tu lengua y el cáliz febril.

Por último tanto revuelas  
del racimo al capullo inverniz 50  
que no hay diferencia si ejecutas  
la nupcial parada motriz  
o el famoso  
pichichí  
duro baile antiguo 55  
de las lloronas y el espolín.

Mas después de bañarte  
y de sorber y hacer el amor por mil  
te aplaudes a ti mismo entrechocando  
tus alas con punta de marfil. 60

Pero no sabes  
que portas el aura del feliz  
que tu visita  
asegura una suerte gentil  
y entonces nos conmueve 65  
que se concentre tu impaciencia aquí:  
ésta es tu casa tu campo tu monte  
tu altura colibrí.

(setiembre 1993)  
para Edgar Valdés

### Contrariedades del ypekû sayju

Asoleado asolador  
de brotos del oscuro maíz guaikurú  
y asimismo azuelador de alta madera;  
opalino robador del albur  
de nuestra siembra 5  
y también arcángel de florido capuz.

Rápido gastrónomo  
de la sustancia morena del yvapurû  
de la pingüe mariposa del coco  
pocos al igual que tú 10  
alternan el escoplo del carpintero fino  
con la sinvergüencerías del tahúr  
y en tu pelaje entonces se mixturan

(lomo y cogote gualdos pico azul)  
el tenue rebozo de la Virgen 15  
y el botellón de caña áurea de Belcebú.

Las alboradas te atavían  
con una baticola de tisú  
y al propio tiempo con un áspero  
tatuaje de urukú. 20

Tu vuelo verticalmente violento  
quiebra del este al sur  
o -bordado en aire blando y lentas ramas-  
se ciñe como en pausas de laúd.

Tu voz misma 25  
entre aquella y esta luz  
puede ser un solemne cloqueo aguardentoso  
o el silbo legendario del urú.

Cerrado en la capuera  
trozador de la salud 30  
de rozas y cosechas  
no has de recular ante ningún  
espantahombres ni espantasombras  
ni espantapájaros en cruz  
y en busca del salado gusano de la ura 35  
del moscón intrincado del verde lembú  
eres capaz de horadar el herraje  
de un ataúd.

Desde temprano retumba tu trabajo  
tu tornadiza inquietud 40  
picando del lapacho de cerro  
hasta un asepú:  
de tal modo estamos cantando  
bienhechor perjudicial ah ypekû sayjú  
esa tu condición bifronte 45  
esos vicios de tu virtud.

(setiembre 1993)  
para Maybell Lebron

La ambiciosa jornada del tukâ hovy

De bucanero y artista exorbitante  
te vamos a calificar:  
lúcido saltimbanqui,  
voluptuoso rapaz,

entre volantines empinas la garganta 5  
y sobrevienes y saqueas y te vas  
del goce purpúreo  
de un guayabal  
a los riesgosos pichones  
de karakará, 10  
del huevo sagrado  
de la perdiz tataupá  
al cauteloso pimpollo  
de la canela montaraz,  
y se malicia 15  
que hasta sabes volar  
sin alas, mascando la semilla soltadora  
del kurupa'y itá.

Un breve espejo recamado  
es para ti la aurora enhiesta del palmar; 20  
en ella te contemplas,  
cónyuge de la luz ungido ya,  
desde tu grácil bañadera:  
la corola intensa del ñandypá.

Pero el resplandor embiste 25  
y es menester aparejar  
-pirata de párpado pelado,  
polícromo capitán-  
tu navegación  
de bandera negra y azafrán, 30  
de verde espolón  
descomunal.

Así empieza y ocurre el abordaje  
de las presas que aliña tu afán;  
sin embargo, apenas anochece 35  
por la oscilante ramazón, estribas el gran  
pico en la espalda  
y además  
le cobijas con tu cola;  
ahora bien, arduo tucán: 40  
ese cumbreño anclaje en el silencio  
tampoco te saciará.

(setiembre 1993)  
para Ramiro Domínguez

Arrullo del jeruti pytâ en la siesta de los bosques

Cuando agravas tu zureo  
la siesta juzga y espera,  
pero el monte se exaspera  
como en un denso goteo  
de sueño y sombra y deseo; 5  
monótono desconsuelo,  
junta de amor y recelo  
desde tu garganta roja,  
y empeño torcaz que arroja  
purgatorios contra el cielo. 10  
(setiembre 1993)  
para Gladys Carmagnola

Acometida del taguato'i

Con el silencio violento  
de tu penacho azulejo  
hincas y ejerces un viejo  
embate oblicuo en el viento  
un choque, un destello hambriento 5  
bastan: la sangre despena  
tu sed, el aire refrena  
su ardor o su sobresalto,  
y un vago plumón en alto  
declara la muerte ajena. 10  
(setiembre 1993)  
para Francisco Madariaga

El cheoropara, artífice de su pasión

Trino de carbón y espuma  
bajo el celaje fragante,  
y el mismo ajedrez constante  
en el trazo de tu pluma;  
luz que esparce, azul que suma, 5  
van desanudando el día  
mientras tu oficio confía  
su intimidad clamorosa  
y un limpio quebranto acosa  
tu altanera simetría. 10  
(octubre 1993)  
para Luis Szarán

Canto fiel del masakaragua'i

Nueve sílabas veloces  
infundes, congregas, sueñas  
de la fronda que desdeñas  
hasta el resol que conoces;  
honra de las otras voces, 5  
fiesta de alhaja temprana,  
tan liberal como ufana  
tu música condesciende  
y nítidamente aprende  
nutre y salva la mañana. 10

(octubre 1993)  
para Emilio Pérez Chaves

Cantilena del aka'ê hovy

Con crugido de nuez cascada,  
Ritma sus saltos de perfil  
LEOPOLDO LUGONES

Con un sermón copioso  
y tres capotes índigos,  
fácilmente difundes  
tu jactancia de obispo.

Pero el ocaso apunta 5  
que al final no eres sino  
monago descuidero  
o insensato domínico.

Como frunciendo el aire  
turbas nido tras nido, 10  
más curioso que osado  
y voraz más que pícaro.

Centinela espontáneo,  
cuadrillero imprevisto,  
por un instante azoran 15  
la penumbra tus gritos.

Comprobatorio inútil  
de crótalo y colmillos,  
distrae antes que avisa  
tu plagueo aturdido. 20

Y así tu obtuso moño,

tu antiguo ladroncio,  
justifican y empujan  
sólo este romancillo.

(noviembre 1993)  
para Pilar y Carlos Filártiga

Doble loor del suruku'a

Los brillos y esmaltes del macho son superiores a los de los picaflores... No prolonga sus vuelos que son violentos y a ondulaciones... Toda la cabeza y cuello son negros, con bellos cambios azules y morados; el pecho hasta la cola es escarlata, con el costado del cuerpo y tapadas, aplomado. La espalda hasta la rabadilla, con las cobijas menores, de un verde bellísimo en conjunción con la luz y dorado en oposición. Las cobijas mayores son una conjunción de puntos menudísimos, agraciados, blancos y negros... La central de la cola es azul con la punta negra... Todos los colores brillan lo que la imaginación no puede concebir... Es sin duda alguna el más hermoso de los pájaros del Paraguay

CARLOS GATTI

Enciclopedia Guaraní-Castellano de Ciencias Naturales y conocimientos paraguayos, II,  
265, 266

I

Aderezo suntuario  
que se abrocha o se desata,  
exhalación escarlata  
de encendido plumario  
y encandilante inventario 5  
del ámbar verde, el morado,  
del azabache, el dorado,  
cumpliendo frente a la siesta  
parábolas de ballesta  
en nuestro cielo exaltado. 10

II

... pájaro raro, suruku'a  
CANCIÓN POPULAR

Tu deudo el quetzal norteño  
pliega su lluviosa espalda  
y una envidia de esmeralda  
roza su sagrado ceño:  
columbra, como en un sueño, 15  
tus fulminantes alardes  
cuando surcas marzo y ardes  
con tu diamantado giro,

con impulsión de zafiro  
contra el nácar de las tardes. 20

(marzo 1994)

para María del Carmen Paiva  
para Elinor Puschkarevich

Solo soberbio del havia corochire

Minha terra tem palmeiras,  
Onde canta o Sabiá  
GONÇALVES DIAS

Tu flautín de platino  
rebana el aire,  
alertando las albas  
de parte a parte.

Se escalofría el monte, 5  
riñen los árboles;  
tu seguidilla pasa  
no hay quien la guarde.

Melodiosa de engaños  
o claridades, 10  
tu pasión no pronuncia  
la última frase.

Corochiré, tu endecha  
vuela sin nadie  
y te clava en el alma 15  
hasta la carne.

(abril 1994)

para Abelardo de Paula Gomes

Se yergue de amores desiertos la calandria

... en su libro «Pájaros del Paraguay»... Azara dice, con precisión, que la Calandria no remeda o imita los cantos de otras aves... En conjunto, el canto es emitido de un modo distinto al de cualquier otra ave..., pues las mismas notas no son nunca repetidas por segunda vez en el mismo orden, y aunque la Calandria tiene muchas notas favoritas, puede variar cada una de cien maneras distintas... también emite notas parecidas a las de la flauta, a las que suceden otras agudas y quejumbrosas... luego hermosos floreos musicales o frases...

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON  
Aves del Plata, 26, 27

Tu cántico se inflama  
como si pretendieras  
con la sola quejumbre  
ganar tu guerra.

Ah monja enamorada 5  
que su tortura ostenta  
con hábitos de lino  
y de arpillera.

Sumisión anhelosa  
y denodadas penas, 10  
ofertorio de aromas,  
leche y pimienta.

Mas las horas desairan,  
calandria volandera,  
tus remontes intactos, 15  
tu sed perfecta.

(abril 1994)  
para María Teresa y Gustavo Laterza

Estrépito y luces del sakuaju

Tu rapidez, salpicada  
de vino y oro,  
ilustra este tiempo raso,  
zurce el verano al otoño.

Duro celaje pequeño 5  
de acerbos rojos,  
de turbulentos celestes  
y de verdes licenciosos.

Va codiciando mazorcas  
tu errante asombro, 10  
mientras embriagan la aurora  
tus coléricos antojos.

Qué griterío caliente  
hueco de pronto  
cuando el naranjal concita 15  
tu trabajado reposo.

Lampadario entre las ramas,

nítido loro,  
rindo aquí pleito homenaje  
a tus hambres y a su arrojito. 20

(abril 1994)  
para Aldo Delpino

Plenilunarmente baladra el urutau

Vertical en la noche, tu alarido rubrica  
el altivo follaje que la sombra escarmienta  
y tu estertor precoz de bruja parturienta  
la rogación destrenza, los agüeros complica.

Pero un hervor de luna severamente rica 5  
acentúa tu crudo diapasón, alimenta  
tu quebrantoso curso, tu pureza violenta,  
y monda ese suplicio que en tu pecho repica.

Tu lamento es tu escudo, tu aventura, tu dueño,  
y hasta el confuso invierno se sabe poseído 10  
por tus anchos agravios, por tu espantoso empeño.

Gritas como si un sueño descuajara tu oído  
o como si tu lengua te trepanase el sueño:  
reclamo contra viento, delirio contra olvido.

(agosto 1994)  
para Adolfo Cáceres Romero

Preámbulo para el ataque del halcón morotí

Quejándose venían sobre el guante  
los blancos torbellinos de Noruega  
GÓNGORA

La majestad mutante de las nubes  
atestigua el preludio:  
las pulsaciones lentas de tu insomnio,  
la primaria paciencia de verdugo.  
Centella predispuesta que atalayas 5  
plumajes y terrores errabundos,  
tu deseo concéntrico recauda  
tolvaneras y rumbos,  
tu engañoso gemido  
vaticina cercano tu triunfo; 10  
cetrero de ti mismo,

no se dará en los nortes el disturbio  
sino en este fragoso contrafuerte:  
desde su pétrea gravedad consulto  
esa luz que te hamaca 15  
y el asalto presumo:  
el precipicio de tu incendio blanco  
que con fiebres idénticas saludo.

(setiembre 1994)  
para Rafael Montesinos

Preñado reposo agosto del taguato apyratî

Cuando el azor águila encopetado, uno de los más bellos y feroces cazadores de las selvas neotropicales, descubre una presa o presiente un enemigo, pliega su copete occipital. En realidad este adorno, patente durante el descanso, contribuye a descomponer la silueta de su cabeza... Esta formidable rapaz alcanza el tamaño de una pequeña águila perdicera. Sus garras, no obstante, son mucho más fuertes y desarrolladas que las de las cazadoras mediterráneas. En el plumaje, de belleza asombrosa, se combinan los tonos oscuros del dorso con los claros, ocres y barreados de las partes inferiores, de tal manera que su aspecto resulta increíblemente imponente y exótico... También captura mamíferos de extraordinaria robustez

FÉLIX RODRÍGUEZ DE LA FUENTE  
Enciclopedia de la fauna, VIII, 144

Tu descanso geométrico procura  
menguar la transparencia de la espera,  
como si usases garras de madera,  
como si encaneciese tu negrura.  
las amnistías de la primavera, 5  
es propiamente un banderín que altera  
la aciaga ordenación de tu postura.

Ejecutante sobrio del venado,  
imparcial asesino del enjuto  
tigrillo y del lagarto novelero, 10  
tormenta quieta, príncipe surcado  
de miel abrupta, de granizo y luto,  
escudriño en el verbo, y te pondero.

(octubre 1994)  
para Jorge Escobar Argaña

Un soneto shakespeariano al ñakurutû hû

Con un aullido de mastín remoto  
y un ácido siseo encapuchado,  
tu envergadura atisba desde el roto

murallón del crepúsculo vidriado.

Troquel de la sapiencia, percutor 5  
en nuestras altitudes fragorosas  
de una verde impiedad, y tomador  
de carne oculta y lunas minuciosas.

Cepo de piedra y ceño embosquecido,  
uñas amargas, cuerno rotatorio, 10  
tu tarso alberga el eco del graznido,  
del tardío aletazo mortuorio.

Cofrade bruno, ávido sargento  
y capataz del aniquilamiento.

(noviembre 1994)  
para César Alonso de las Heras

Imitaciones o apariencia del guyraû pakova

Al borde de tu atril basculante  
en el acaudalado bananal  
-emporio de tus ensueños  
teatro de tu nidal-  
eres el roturador 5  
inicial  
del mutismo convexo de los amaneceres  
pero no con tu trova natural  
sino lealmente plagiando  
la de tu tío carnal 10  
el guyraû chopî  
concertino del maciegal.

Y al paso que la lumbrería  
reconcilia el fluyente lindero  
con los coágulos azules 15  
vas contrahaciendo el cancionero  
de tu parentela eficaz:  
el amargo guyraû estero  
el carmíneo  
guyraû tropero 20  
y el picoblanco guyraû choré  
en su mentidero  
del caraguatal.

Mientras se vanagloria el día  
expandes tu premiosa afición zahorí 25

copiando verbigracia al chiricote  
que revela su nombre porque sí  
o a la calandria que llora un bien perdido  
como aquel rey granadí  
o al tumultuario quinceliño 30  
con su acre reclamo baladí  
o al había cejjunto  
disuelto en su trino turquí  
o al suruku'a esmaltado  
y su melancólico piripipí 35  
o al cheorpará celoso  
en su algebraico gorjeo y así  
también el risueño eneasílabo  
del marakaragua'i  
o el ronco cheuchéu alarmista 40  
de la urraca de hirsuto bigudí  
o el silbato que anuncia amor y muerte propia  
del solitario isócrono chochî  
o la infusión metálica  
de la perdiz chororí 45  
cuando está pardeando el chircal...

Y justamente a boca de noche  
ensayas tu grito personal:  
la voz diverge  
pero el tono es otramente general; 50  
por consecuencia  
tu visible acentuación sentimental  
ímprobo guyraû paková  
es una resonancia apenas espectral  
o sea extraña o de nadie o de nada 55  
en el desierto áureo del bananal.

(diciembre 1994)  
para Carmen y Enrique Riera

Sombría matriz estival del yvyja'umi

Dilacerada, rasante,  
tu bruñida melopea  
entra en la noche y puntea  
la estrellería rampante.

Ojos de fósforo ciego 5  
y oídos de tierra suelta,  
no es de amores tu revuelta  
ni tus sueños son de fuego.

Frota, ofusca los caminos  
de golpe el descendimiento 10  
de tus dudosos destinos.

Cruz de arenados anhelos,  
es de polvo tu ardimiento,  
son de ceniza tus vuelos.

(enero 1995)  
para Gonzalo Lema

Entremedio frutal

...no de purpúrea fruta, o roja, o gualda  
a tus florestas bellas  
falta matiz alguno

ANDRÉS BELLO  
a Óscar Gustavo Oddone  
hermano y consultor

Pakuri loma

Mediodía

que restalla  
sobre las escabrosas  
ensenadas  
de selva, 5  
sobre el vértigo de las barrancas.

Y allí, ramaje adentro,  
cuajan la quebrada penumbra  
fosforescencias quietas,  
candiles de callada tersura, 10  
conmociones  
redondas, frutas  
de cáscara solar  
y frescor sustantivo de luna.

Pakurí de los altos, 15  
resumen fugaz de la espesura,  
silabario perfumado  
y cruza  
de repentina miel de lechiguana

con astringente limasutil profunda. 20

Entretanto,  
el mediodía  
no acaba de ensañarse  
encima  
de esta trabazón empinada 25  
de islerías.

(octubre 1993)  
para Raquel Saguier

Ñandypa guasu

Estuche  
de leves azúcares ardientes  
y tintura  
de antiguas guerras.

Mágicamente habidos del arco 5  
del Gemelo Mayor,  
sus maderos arredran al jaguar,  
su hojarasca se percata  
de los silentes pasos moteados.

Oleo 10  
elemental  
y zumo  
que en la piel se hace cárdeno violento.

Frutos  
que penden de su padre abierto 15  
como imperiosos  
genitales cenicientos,  
de linaje tan pródigo  
que aun caídos,  
deshechos ya en su madre, 20  
huelen a espíritu de vino célebre  
o a bálsamo secreto.

Pequeño dulzor de fiebre,  
ungüentario  
de lejanos pleitos. 25

(octubre 1993)  
para Tadeo Zarratea

## Yvaporoit

Licor de irrupción segura,  
el rescoldo de la aurora  
cose, apresta y condecora  
su exacta camisa oscura,  
punza y cuece su dulzura, 5  
pulimenta su turgencia;  
trámite, señal, sentencia  
del trimestre generoso  
y compacto ejemplo umbroso  
de la frutal insurgencia. 10

(octubre 1993)  
para Luisa Moreno

## Ñangapiry

El jalde Ñangapiry  
Agridulce  
VICTORINO ABENTE Y LAGO

Naranjado primo hermano  
de la exultante guayaba  
y apremiante baya brava  
que agrupa el sabor montano;  
diminuto miliciano 5  
de la arisca especiería,  
en la verde algarabía  
manda tu yelmo de escamas  
y desde su alcor proclamas  
tu gustosa nombradía. 10

(noviembre 1993)  
para Raquel Chaves

## Yvapurû

Como a un amante Noviembre espera  
Con impaciente savia feraz  
IGNACIO A. PANE

Cuando te desflora  
algún desfrutador,  
prorrumpe en un sollozo duro  
tu desnudo tornasol.

Convite de pupilas hondas 5  
y virgo crujidor.

(Para que te beban luego con azúcar,  
fermentado chacolí mareador),

Noviembre disemina  
en tu corazón 10  
una leche que entrecortan  
simientes de recóndito arrebol.

Noviembre,  
tu amador,  
tu continente, 15  
tu sazón.

Iris negros  
engarzados en su tronco surtidor.

Y atezado,  
dispuesto pezón 20  
amamantando  
a su mismo suelo criador.

Oh simultáneo privilegio  
de ser -en el solsticio mejor-  
apetito y sacramento, 25  
bombonera y galardón.

(noviembre 1993)  
para Meca y José Félix Fernández Estigarribia

Aratiku

...la chirimoya,  
talega de brocado, con su envoltura impide  
que gotee el dulzor de su nieve redonda  
JORGE CARRERA ANDRADE

Bestia o esfera primordial  
suspendida  
en los márgenes ambiguos  
del sotobosque.

El rigor 5  
de tu caparazón inmóvil  
de veras defiende

esa delicadeza fácil  
que las nubes  
acendran. 10

Carapacho amarillo,  
tedio  
y hartazgo de vieja tortuga  
insolándose  
sobre el sospechoso 15  
matorral.

Pero también  
dorado coracero firme  
vigilando sin relevo  
la conjuración meticulosa de las hojas, 20  
la temática crueldad  
de las hormigas atigradas,

Y para tus adentros  
la ambrosía blanca  
que el consecutivo cielo 25  
condensa.

(diciembre 1993)  
para Jorge Enrique Adoum

Guavira pytâ

Rubio subido del diciembre y suave  
adobador de fauces o de labios  
o de picos que infrinjan tu hermosura;  
túnica complaciente, hollejo blando

que acidula una franca dulcedumbre, 5  
casi pulpa lustral y casi ensalmo,  
sabor rotundo que nos limpia el pecho  
de humedad, de tinieblas y de espasmos.

Y en el linde del agua y de la roca  
derramas tus rubores sosegados, 10  
el piso de la selva se esclarece,  
comienza el escrutinio del verano.

(diciembre 1993)  
para Nila López

Jakarati'a

El fruto es una baya ovoideo cilíndrica de 3-8cm. de largo por 1-3 cm. de ancho, anaranjada, con pulpa jugosa, dulce y comestible, colgante en el tallo. Hay numerosas semillas amarillas de 1-3 mm. de diámetro. Fructifica en enero-febrero... Esta especie habita la selva de la Región Oriental, formando una parte del estrato medio en los sitios húmedos... se ha observado que los monos (Cebus apella) comen los frutos.

JUAN ALBERTO LÓPEZ et al

Árboles comunes del Paraguay, 112

Morrión de enmarañadas lujurias,  
almagre azufrado  
contra la magnitud cerúlea.

Camafeo succulento  
y granazón que relumbra. 5

Un mástil espinoso  
mantiene  
tu explosión simétrica,  
bienhallada de cristianos trajinantes  
y monos oriundos. 10

La escarcha tibia de tu tallo expulsa  
crasas crisálidas del cuerpo  
o a veces abejas irritadas del ánima.

Y bajo la ceniza del fogón  
tu cariñoso tuétano 15  
se enternece más todavía  
para bañar después  
los pómulos de un niño.

(enero 1994)

para Alfredo Stevens

Arasa pytâ

Una luz permisiva,  
cimera, oronda,  
tu madurez sostiene,  
tus perfumes adorna.

Zarcillo del verano 5  
y juntadora  
de zumbos, de gorjeos  
que apetecen tu forma.

Esta virtud de enero

calma la boca; 10  
toda mi infancia cabe  
en tu médula roja.

Latir de la inocencia  
o de otras cosas.  
palpo tu piel y entiendo 15  
la sumergida historia.

Candela del guayabo  
ingente y poca:  
el conjuro no basta,  
su jarabe me sobra. 20

(enero 1994)  
para Francisco Pérez-Maricevich

### Mburucuja

Rubicundo confitero  
de aglutinadas delicias,  
con qué celos acaricias  
la cintura de febrero;  
fresco gentil, prisionero 5  
de su tirante vestido,  
fundas tu manso estallido  
en un tiemblo reluciente,  
en un fuego transparente  
y en un tumulto escondido. 10

(febrero 1994)  
para Esther González

### Naranja ombligo ygatimi

Si tu corteza distante  
finge sortijas de bronce,  
el dictamen de tu almíbar  
nos fecunda y nos compone.

Dignidades del bosque 5  
y golosina del pobre  
vecino de estas escarpas  
y arriero de los desmontes.

En India aprendió tu ombligo  
a recorrer su horizonte 10

y de Ygatimí regaste  
el aliento de tus orbes.

Pomo de placer aurífero,  
ofrecida curva prócer,  
unes la enjundia castiza 15  
al lujerío del porte.

Yo digo de tu apogeo,  
del cristal de tu renombre,  
con el designio inocente  
de poner letra a tus dones. 20

(mayo 1994)  
para Susana Gertopan

Mandarina cazapa

Abril y mayo te fraguan,  
pero junio es el que elige  
esa crispada fragancia  
que bien te ciñe.

Múltiple luna cubierta 5  
que sus disfrutes repite  
en un suceso de gajos  
y jugo firme.

Las caravanas del Asia  
desatracaron tu origen, 10  
y así es hoy nuestro arrebato  
el que te rige.

Vegetal crisoberilo  
que con resplandor audible  
tramonta aquí sus favores, 15  
sus limpios índices.

Juventud de mis recuerdos,  
casta mandarina insigne,  
te debía esta alabanza  
pulida y triste. 20

(junio 1994)  
para Hugo Rodríguez-Alcalá

Acá vienen conmigo

a la memoria de Justo Pastor Benítez, Luis de Gásperi, José Asunción Flores,  
Gustavo González, Miguel Ángel Maffiodo, Justo P. Prieto, Carlos Zubizarreta, Alfonso  
Oddone, Gabriel Casaccia, Juan Esteban Carron, Efraím Cardozo, Carlos R Centurión,  
Martín Cuevas, R Antonio Ramos, José Laterza Parodi, Benigno Riquelme García, Ana Iris  
Chaves de Ferreiro,  
por su corazón  
por su confianza

Padre de mi padre

y mi abuelo, cernida frente hidalga,  
poncho calamaco, silla inglesa,  
y un galope corto de su malacara,  
rumbo a la capuera en San Blas  
CVM  
Guaranía del desvelado, 56

Se dice que en el nocturno corredor,  
durante los grávidos amenazos,  
distinguen un hombre sin cara  
al apurado esplendor de los relámpagos;  
de negra y densa capa, 5  
suavemente se pasea  
por el escueto ámbito  
como si le desvelase  
algo que ha de arribar sin falta.

Cuentan además que se escucha 10  
el acompasado crepitar de una hamaca  
en la penumbra  
desvalida de la casa.

Pero éstos no son  
sino tus fantasmas: 15  
prefiero congregarte  
allende el sueño y la nostalgia,  
aquí en mi ánimo  
Don Salvador Villagra,  
capitán de tus cañaverales, 20  
caballero de rienda superior,  
mentado pulso fijo,  
perfil de gavilán azul,  
cobertor de muchas damas,  
liberal de llanura o desenlace, 25

convencional de La Cordillera,  
maestro sobre caudillo,  
señor a lo largo  
de tu gente y tu comarca.

Te conocí después, 30  
alta postura y sobrecejo,  
jinete de un salto todavía.  
Y me crié en Piribebuy,  
bajo el solero de tu hogar abrahámico.  
Y me consintieron tus hermanas. 35  
Mordí la carne rosa  
de las guayabas  
que nos traías de San Blas,  
y supe aun cabalgar a tu costado  
y compartir, contigo y con tus armas, 40  
el tenso, deleitoso aguardo  
de las palomas monteses en el alba.

La memoria dócil  
me brinda unas cuantas  
formas, cosas que te correspondieron 45  
en el tiempo penúltimo:  
una fusta redonda de cuero de tapir  
(con la que en una ocasión  
me picaste la espalda),  
la voz de mando natural, 50  
un bastón que también era una espada,  
el yantar exacto,  
un jarro de plata,  
esa manera discreta de afanarse  
desde antes de la mañana, 55  
la condición,  
en el delicado interludio de la siesta,  
de que una niña peinase  
la cabeza entrecana,  
la serena lectura de novelas 60  
hasta que la luz desistía  
de zócalos y ventanas,  
aquella costumbre en la anochecida  
de ser el único  
que prendía el farol de la sala. 65

Ahora estamos frente a otro crepúsculo  
y la confabulación de las distancias  
parece más profunda  
que las tareas ocultas

de tu propia raíz: 70  
deja por tanto  
que sea yo quien encuentre  
tu mano arrasada;  
que mi brazo rodee tus hombros vacíos;  
déjame esta vez preparar nuestras balas: 75  
es necesario  
que me acompañes en la cacería  
de algún jabalí celeste.

Ya oscureció, te digo;  
permite que hoy tu nieto encienda 80  
la primera lámpara.

(julio 1993)  
para Aida Villagra

Madre de mi madre

Hija  
del médico aquel que migró al Paraguay,  
«en cuyas manos había una flor de nardo»,  
toma del brazo a tu padre  
y acérquense. 5

Vigésima sétima nieta en línea recta  
de Roy Díaz mío Çid Canpeador,  
acorázame.  
Burgalesa de prez,  
ennobléceme. 10  
Consorte del teósofo sabio,  
generoso arquitecto,  
ensánchame.  
Nuera de un mártir intrépido,  
ármame. 15  
Patriota que siempre labraste el sueño  
de retomar por tiempo a tu tierra mayor,  
ténsame.  
Bienquista de tus paisanos,  
repárteme. 20  
Condecorada con la Cruz de tu Reina homónima  
-tan castellana vieja y católica como tú,  
distíngueme.  
Fundadora de una leprosería,  
purifícame. 25  
Ministra de la Orden Tercera  
de Francisco de Asís,

humíllame.

Dispensadora de fábulas,  
agúzame. 30  
Celestina de mi primer amor  
con la palabra que cuenta,  
empújame.  
Suave Isabel profunda,  
alúmbrame. 35

Reservorio de mi infancia,  
prosigue velándome;  
corona desde tu penumbra  
la joven muerte de tu hija  
y espérenme. 40

(abril 1994)  
para Carmen Marsal Vda. de Cuevas

Madre

Basta  
uno solo de los diez mil recuerdos  
para enjorar tu ausencia  
mortal,  
María Elena. 5

La mirada de ceniza verde, por ejemplo,  
junto al qué vamos a hacer después  
de niña presurosa  
por recorrer las vidrieras de la ciudad y el mundo.

O tu projimidad insaciable 10  
como la inclinación  
a los helados de limón y de vainilla.

O esa distraída  
manera de ensortijar o desrizarte el pelo  
con dos dedos pensativos, 15  
tu cabello oscuramente rubio  
resuelto en los jazmines de plata del verano.

Así las memorias  
encienden tristemente  
la galería de tu ausencia. 20

Puro espacio  
huérfano,

y en su hora  
portal de nuestro immaculado,  
definitivo reconocimiento. 25

(abril 1995)  
para Salvador Villagra Maffiodo

La letra entró en la sangre: homenajes  
en memoria de Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges,  
Daniel Moyano, Aldo Torres, Enrique Lihn, Juvencio Valle, Alfredo Pareja Diezcanseco,  
Manuel Bandeira, Fayad Jamís, Nicolás Guillén, Eliseo Diego, Ernest Hemingway, Ángela  
Figuera Aymerich, Vicente Aleixandre, Luis Rosales, André Breton, desde el recordatorio  
personal

Una memoria de Treasure Island: El pirata flint retorna a su navío después de enterrar el  
tesoro

One fine day up went the signal,  
and here came Flint by himself in  
a little boat, and, his head done up  
in a blue scarf. The sun was getting  
up, an mortal white he looked about  
the cutwater

BEN GUNN

Amanecía  
cuando se sintió tu aviso.  
Volviste, Capitán Flint,  
solo y tu alma,  
con el pie en la roda de un bote pequeño, 5  
una bufanda azul ciñéndote la frente,  
asperjado por la luz ingenua,  
con tus mejillas lívidas como las de la Muerte.

Desembarcaste en la Isla, Capitán,  
llevando contigo seis fuertes marineros; 10  
ahora regresabas sin nadie  
bogando hacia tu barco, el viejo Walrus,  
que te aguardaba  
al paio  
desde hacía casi una semana. 15

A bordo,  
Billy Bones el piloto  
cuya sentencia era «los muertos no muerden»  
y John Silver, el alto contraamaestre  
a quien en secreto temías, 20

te preguntaron sobre el oro y la plata.

-Ah -les respondiste-, pueden bajar a tierra  
y quedarse, si gustan;  
en cuanto a la nave,  
barloventeará en busca de más, por el trueno! 25  
Ese trapo azul apretado a tus sienes, Capitán,  
no era menos intenso que el mar recién hecho,  
que la mocedad de la mañana,  
mientras un cielo suavísimo  
ya suponía 30  
el blanco aire candente de la siesta.

Y zarpaste de nuevo.  
Adiós, Capitán Flint.  
O por decir mejor, hasta pronto:  
tú no eres sino sombra empujadora 35  
en la evocación de hombres inclementes  
que se afanan y navegan y cantan  
y se amotinan  
y blasfeman y empuñan armas y beben  
un ron graduado por Satán 40  
y matan y mueren  
en las páginas de un libro  
donde también respiran  
gentes de natural honrado  
y destino fiel; 45  
no obstante, Capitán Flint,  
más allá de unos o de otros,  
tu condición de hierro, Capitán,  
será la de acechar sin puerto  
por los océanos de nuestro recuerdo: 50  
continuación que Robert Louis,  
tu propio fabulador,  
quizás no imaginó.

(abril 1993)  
para Jorge Teillier

Requiem en cinco movimientos para el noble Fortunato, muerto en la bodega y catacumbas  
de los Montresor por su amigo, el dueño de casa  
For the love of God, Montresor!  
FORTUNATO

I

...Y del brazo de tu afectuoso ejecutor

penetraste en las cuevas:  
bordalesas pilones de huesos  
frascos en fila calaveras confusas  
estorbando arcadas pasadizos. 5  
Como ronquido glacial  
en algún infierno de vidrio  
el trémulo tejido del salitre  
festoneaba las paredes  
emblanquecía los muros. 10

## II

Te tambaleas  
avanzando  
retiñen  
las campanillas de tu gorro cónico  
y otra vez otra 15  
cuando apuras  
una botella de Médoc  
en honor de los enterrados  
que reposan en torno  
brinda 20  
Montresor también  
porque tengas una larga vida.

Los dos bajo el lecho del río  
el vino se incendia se enturbia en tus ojos  
el final de las bodegas 25  
la sombría exactitud del nicho  
tu albergue  
a partir de ahora.

Al punto  
te aherrojó al granito rezumante 30  
tu falso hermano masón  
fue tapiándote  
primera hilada segunda  
penúltima undécima  
un rechinar furioso 35  
de cadenas  
la sucesión de tus alaridos  
Montresor un eco  
sobrepujándolos  
y terminaron ambos por callar. 40

## III

Sí por el amor de Dios  
pero ya no habrá caso  
no han de valerte se hace tarde ni vámonos  
ni me estarán esperando Lady Fortunato  
y mi gente en el palazzo. 45

No te salvarán no tu virtuosismo  
de conaisseur de cepas y caldos  
o el acceso de tos contumaz  
menos aún el encomio las instancias  
de tu devoto enmascarado. 50

#### IV

Algunos estiman que ese laberinto húmedo  
que te condujo a la muerte  
no es más que una lección suprema  
del relato  
en lengua inglesa 55  
otros en cambio te hicimos compañía  
en la búsqueda falaz  
del barril de amontillado  
inútilmente procurando  
que advirtieses 60  
la divisa amenazante de los Montresor  
Nemo me impune lacessit  
y las atroces benevolencias de tu anfitrión  
y la sonrisa maligna  
tras el antifaz de seda negra. 65

#### V

Por el amor de Dios, Montresor!  
conmovió la rojiza mezquindad de las antorchas  
tu lastimosa exclamación postrera  
y en el suelo de la cripta  
un solo cascabeleo 70  
de tu bonete de bufón  
-dintel del incontable silencio.

Corrieron doscientos años  
a sumar de aquella medianoche  
y ningún mortal te ha perturbado 75  
desde entonces.  
Déjanos pues desearte  
lo mismo que tu propio asesino y amigo  
lo mismo que el poeta de Richmond

historiador de tu emparedamiento: 80  
In pace requiescat!

(junio 1994)  
para Washington Benavides

Escena de caza

## MEMOIRES D'HADRIEN

Y fue por cierto hacia el oasis de Ammón,  
donde antaño los sacerdotes del oráculo develaran a  
Alejandro el Grande el secreto de su  
origen divino;  
a escasas jornadas de Alejandría,  
en un paraje desolado,  
durante el rápido anochecer egipcio,  
al borde de una charca invadida de cañas  
perforó la distante algarada de los batidores  
el rencor cavernoso, el denso gruñido metálico de la  
fiera,  
como enhebrando por breves segundos tirantes las  
trompas de montería, los alaridos y los  
címbalos,  
fue entonces cuando el súbito ánimo imprudente de  
Antínoo  
espoleó su corcel  
y arrojó su pica y sus dos venablos con arte,  
mas sólo a tres varas del león  
que se desplomó, alcanzado en el cuello,  
al tiempo que azotaba el suelo con la cola;  
el remolino de rugidos y de arena  
no permitía distinguir sino una forma agitada y oscura,  
pero de repente el animal se enderezó, pronto a  
lanzarse sobre la cabalgadura y el  
adolescente caballero inerme,  
y ahí tú, Adriano Augusto  
Imperator,  
te interpusiste desde atrás con tu caballo  
exponiendo el lado derecho  
y, puesto que estabas acostumbrado a esos ejercicios,  
no te resultó muy difícil rematar con la jabalina a la  
bestia, ya herida de muerte;  
el león se abatió definitivamente  
y sumió el hocico en el lodo,  
en tanto una hilacha de sangre negra estriaba  
el agua rosada del atardecer. El enorme gato

color de desierto, de miel y de sol  
sucumbió con una majestad más que humana,  
mientras los nenúfares carmesíes se iban cerrando  
como lentos párpados.

Tal el episodio. Algunos días más tarde,  
el poeta Pancratés organizó en el Museo de Alejandría  
una fiesta musical en tu honor, César:  
la sala de conciertos daba a un patio interior;  
allí había asimismo nenúfares,  
sobrenadando en un estanque,  
bajo el esplendor casi furioso de una siesta de las  
postrimerías de agosto: tú y Antínoo  
reconocieron de inmediato sus nenúfares  
escarlatas del oasis de Ammón;  
Pancratés se entusiasmó con la idea de la fiera rota  
expirando en medio de las flores  
y, perfecto poeta de corte al fin, demandó tu venia  
imperial para versificar la heroica, la  
noble anécdota: la sangre del león habría  
servido para teñir los lirios acuáticos;  
la fórmula ya era vieja en esas épocas  
(la imagen recurrente de una efusión mortal  
acaeciendo entre pálidos pétalos); no obstante,  
le encargaste el texto en loor de Antínoo:  
en los hexámetros, la rosa, el jacinto, la celi-  
donia fueron sacrificados a las corolas de púrpura,  
que llevarían en adelante el nombre del preferido.

Apenas dieciocho centurias después,  
una bárbara nacida y criada en la Galia Transalpina  
-mujer alta, llamada Marguerite-  
compuso una bella narración en la que tú, César,  
en carta a tu hijo adoptivo Marco Aurelio,  
presentas y discutes tu propio pasado: en sus páginas,  
precisamente, se cuenta la cacería que  
estoy comentando, y para ésta la Marguerite  
fundose por su parte en el poema de Pancratés,  
un fragmento del cual, encontrado en Egipto a  
inicios del siglo, llegó hasta nosotros en la  
curiosa colección de los Papiros de Oxirrinco.

Han pasado cuarenta y cinco largos años

desde aquella novela y por último,  
ahora que van derrocándose las sombras  
sobre este riñón, o páncreas  
del desatentado territorio que entresoñó Lucio Anneo  
Séneca,  
tu paisano y antiguo mentor,  
en este crepúsculo tan limpio de vientos  
y tan apurado y grávido y caliente  
como aquél de Antínoo y del león, tuyo y de la tolvanera,  
atardecida de finales del verano  
igual pero distinta  
a la del ojo de agua, de los juncos, de las dunas,  
que hace mucho habrán sido revocados por el tiempo,  
digo acá en este ocaso  
un mestizo suramericano  
-por cuyas arterias a lo mejor también deriva  
un chorro de la Itálica famosa-  
alerta, un poco fatigado,  
y si no con gracia, al menos con paciente denuedo  
versicularmente está glosando el aludido capítulo de  
tus Memorias inventadas, catorceno  
Emperador de Roma,  
pasaje que a su vez se apoya  
en la exhumación  
de una poesía mutilada.

Por lo demás, César, tu potencia y tus actos,  
así como los de tus contrarios y tus allegados,  
al presente no son más que humareda, ensoñación,  
neblina,  
por ejemplo la razón del ahogamiento en el Nilo de tu  
favorito, el joven bitinio de peregrina  
hermosura: hoy nadie sabría comprobar  
que Antínoo se suicidó por extremada  
devoción a tu persona, o que se  
trató de un mero accidente -o que tú mismo  
le mandaste matar según apunta  
el sabio Louis Grégoire.

.....  
Pero bien pudo ocurrir que los tres relatores de  
la historia del león en el desierto, a  
saber el rimador mestizo firmante de  
esta paráfrasis, la eminente escritora  
de las Galias y el remoto bardo palacie-  
go  
hayan tentado únicamente (cada: quien con su estrate-  
gia o con su stratagema)  
dilatar por unos meses los siglos de tu gloria, Publio



cansada de tanta peste,  
te irá limpiando este río  
cuanto más crezca y resuene.

Asunción, ciudad callada, 25  
escucha cómo florece  
el grito que está cambiando  
tus esquinas y tu suerte.

para Gloria y Humberto Rubin

El grito en las calles II

Si la patria es campana,  
el grito es su tañido,  
fulgor hasta el mañana  
libremente tendido.

El grito como cielo desatado  
ha de ser nuestra lluvia vencedora,  
y erguido, con el viento de su lado  
para tocar la aurora.

De pronto, las veredas nos convocan 5  
a un diluvio de pasos y latidos  
y en el viejo abandono desembocan  
raudales encendidos.

A pesar de los golpes en la cara,  
el grito no se esconde ni se mancha 10  
pero prosigue la canción más clara  
y cada vez más ancha.

para Alcibiades González Delvalle

Trajinantes del alba I

Portadora del día que el horizonte clama,  
juventud que pronuncia su espiga bien nacida,  
basta y sobra tu marcha para fundar la llama  
en el yunque incesante de la voz repartida.

Con el pecho habitado de canciones urgentes, 5  
iniciando los vientos con el ala segura,  
los hombres que propone la luz adolescente  
salvarán su camino del miedo y la basura.

Muchacho trabajado por esta fiebre altiva,  
la libertad remonta su pulso hacia tu vuelo; 10

muchacha que propagas una flor decisiva,  
la libertad arrima tu sueño a su desvelo.  
para Juan Manuel Marcos

Trajinantes del alba II

A la patria sube  
el fogoso pétalo:  
le guardan los jóvenes  
con su propio cuerpo,  
sin otra vigilia, 5  
sin otro contento  
que el de abrir su aroma  
fulgurante y cierto.

La fría armadura  
del sordo y el ciego 10  
recula y se tuerce  
ante un sol intrépido;  
al joven impacto  
del brazo sincero,  
caerán las prisiones, 15  
huirá el carcelero.

para Guido Rodríguez Alcalá

Las sombras por la tierra I

In memoriam  
Aurelio Silvero  
y Francisco Martínez,  
campesinos sin tierra  
muertos a bala  
el once de julio de 1986  
en Juan E. O'Leary, Alto Paraná

1

Cuando arreciaba la siesta  
el crimen rindió el paraje  
coincidiendo los fusiles,  
el látigo y el ultraje.

Junto a un mástil se plantaron 5  
con los demás campesinos:  
allí percutió en la selva  
el perfil del asesino.

Frente a las cruces delgadas  
 jadea el humo perdido, 10  
 desovan las mariposas  
 y se arrodilla el olvido.

Huesos de Aurelio y Francisco,  
 dueños por fin de un rozado  
 arriba de las cosechas 15  
 y más allá del arado.  
 para Marciano Villagra

Las sombras por la tierra II  
 Tierra malaventurada  
 y huérfana de sus hijos,  
 mansión de la desmemoria  
 y del castigo.

Clavada a su sol desierto, 5  
 barrida por su destino,  
 crujen sus oscuros duelos  
 bajo los siglos.

Para más, venden las aguas  
 ladrones recién venidos, 10  
 trozan los profundos árboles,  
 queman los trinos.

Y así la tierra que aguanta  
 la seca como el granizo,  
 no da siquiera una sombra 15  
 al desvalido.

Ya es hora, tierra, que salves  
 tus suaves panales íntimos  
 y ocultes tu azul pujante  
 del enemigo. 20

Forja tu niebla sagrada,  
 urde tu furor nutricio:  
 vuelve a ser la madre intensa  
 del campesino.

para Roberto Fernández Retamar

Este pan exigido I

La frontera del hambre  
va cortando las plazas;  
la extienden los obreros  
con su desnuda rabia.

Jornalero que buscas 5  
levantar la batalla,  
la pobreza es tu ejército,  
el sudor tu metralla.

No puede alcanzar nunca  
tu sangre solitaria 10  
esa paz que te mienten  
y este pan que te falta.

Juntos, trabajadores,  
disparen su palabra,  
agrupen las tormentas 15  
en una llamarada,  
con el sueño unitario  
en las manos blindadas,  
como un monte que agite  
sus populosas ramas. 20

para Elvio Romero

Este pan exigido II

El cielo sucesivo  
agrava el desamparo  
y la antigua fatiga  
hierva despacio;  
condición del obrero 5  
uncido a su trabajo:  
en la mesa vacía,  
se sirve llanto.

Mensualero del hambre,  
albañil por un rato, 10  
nocturno embarcadizo,  
y ferroviario,  
de pie, contra el que humilla  
espaldas y salarios,  
para honrar la esperanza 15  
de un pan más alto.

para Saúl Ibargoyen Islas

Elegía del destierro I

Aquí cantamos una grave historia,  
la de nuestros hermanos enlutados,  
la de sus propios soles enterrados  
bajo el arco tenaz de la memoria.

Albas cerradas, lluvias desiguales, 5  
la filosa nostalgia de la frente,  
y trabado en la cruz del aire ausente  
el rumor de sus sueños y sus males.

Cuenta oscura y cabal de los despojos:  
fatigando los rumbos más lejanos 10  
sin el agua natal entre las manos,  
sin la luna frutal sobre los ojos.  
para Juan Félix Bogado Gondra

Elegía del destierro II

Los despeñados de la patria,  
los condenados a la ausencia,  
traspasaron sus grandes ríos,  
se internaron en la tristeza.

Porque la tierra era su herida 5  
desde los pies a la cabeza,  
les forzaron a verla lejos,  
por entre llanto y humareda.

Se mudaron a la intemperie  
cuando el odio selló la puerta: 10  
así, su exilio es una espina  
que por las sienas nos afrenta.

Mas hoy, compañeros errantes,  
estamos izando la estrella:  
al enseñarles el regreso, 15  
aplaudirán nuestras banderas.

Mientras se cumpla el tiempo abierto  
en que apaguemos esa ofensa,  
nuestra canción no les olvida,  
toda la casa les espera. 20  
para Rafaela y Domingo Laíno

Tiene un sitio el amor I

Muchacha de un tiempo leve,  
novia florecida:  
han girado los años,  
hemos sumergido los brazos vehementes  
en el rápido esplendor del universo 5  
y sigue tu cuerpo exacto,  
reinante de mis noches y mis actos,  
tu delicada gracia  
en mi costado.

Y los hijos, que constelaron 10  
tu corazón  
y te bordaron el manto.

Pero estamos bebiendo  
del mismo jarro  
de un pueblo que apremia la respuesta 15  
y la espaciosa hermandad  
del canto.

Muchacha del tiempo grávido,  
los dos secundaremos  
erigiendo las puertas 20  
de la patria  
justiciera.

Entonces,  
mi novia amanecida,  
no habrán girado 25  
vanamente  
los astros.

para Ana María Carron Rivarola  
mi novia

Tiene un sitio el amor II

La espuma del amor  
vistió la marejada de los días  
y no hubo quebrantos ni silencios  
capaces de prohibir  
la reunión de tu piel con la mía. 5

Y sin embargo  
compañera,  
a todos  
nos resta todavía  
diseminar el fuego, 10

desamarrar la libertad fragante,  
confluir para siempre en su alegría,  
y que su transparencia  
retumbe por los campos,  
arrase nuestras vidas. 15

(La Alcándara, 29 octubre-3 diciembre 1986)  
para Ana María Carron Rivarola  
mi esposa

Poemas sobrevivientes

en recuerdo de Aristides Benítez,  
Luis H. Segovia, Justo Pastor Benítez (h.),  
Justo José Prieto, Rafael Eladio Velázquez,  
compañeros embarcadizos  
ya en la otra bahía

Paisaje del Pilcomayo

Frontera del aire tenso,  
alto Pilcomayo,  
desmemoria de la patria,  
cielos quebrados.

Sol barcino 5  
derivando el cauce rápido.  
Encono del silencio,  
arena sola y viento exhausto.

Un sueño de mi hijo  
y la amistad sencilla, sin embargo, 10  
se festejan, se ordenan  
ante el fuego unitario.

Halajería del tiempo,  
lumbre de palosanto,  
olorosa palpitación flagrante 15  
de los montes cerrados.

Y allá las aguadas congregan  
su niebla virgen: debajo,  
la sombra demorosa de un león  
acecha los fantasmas del venado. 20

(Ea. «La cumbreña», agosto 1980)  
para Rodrigo Villagra Carron

Erranzas

El sol dispensa  
en el estanque  
la moneda falsa de un verano  
a destiempo,  
equivocado. 5

Como ese derrame en el agua  
aquí estoy oficiando estas palabras,  
notaciones de algún recordatorio  
inverniz,  
traspapelado. 10

(1982)  
para Neida de Mendonça

Poeta fueses

Estás en la antevíspera  
y continúan sobrándote  
veraces interrogantes,  
renovaciones, límites.

Una vez más 5  
apronta la máscara  
pero anímate y desviste tu deseo,  
castiga tus graciosas posesiones:  
ahí sabrás pasar  
junto con el verbo. 10

(1983)  
para Osvaldo González Real

Nocturnidad

Se agrava la noche  
a medida que acude hacia sí misma  
y no es el viento el que hamaca  
las hojas:  
el silencio ejerce a no dudarlo 5  
sus facultades superpuestas  
pero sube al cielo tapado  
la inminencia  
de otra voz.

(1985)

para Alicia Trueba de Martínez

De guardia

Sombra, tiempo, amor.  
Y el corazón, imaginaria  
que aprecia todavía  
su alerta  
y su espera. 5

(1985)

para María Luisa Artecona de Thompson

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**